La vida después_Interior.indd 2 31/01/2022 12:19

LA VIDA DESPUÉS

CHAI EDITORA

La vida después_interior.indd 3 31/01/2022 12:19

La vida después_interior.indd 4 31/01/2022 12:19

Donald Antrim

LA VIDA DESPUÉS

La vida después_interior.indd 5 31/01/2022 12:19

Antrim, Donald

La vida después / Donald Antrim.
1a ed - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires :
Chai Editora, 2022.

208 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de:
Matías Battistón.
ISBN 978-987-48012-5-8

1. Traducción.
2. Narrativa.
3. Memoria Autobiográfica. I.
CDD A863

Título original
The Afterlife

Copyright
© Donald Antrim, 2006

Copyright
© Chai Editora, 2022

Copyright de la traducción
© Matías Battistón, 2022

Austria 1840 depto V.
(C1425EGD)
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com

Diseño de tapa: Soledad Bossio
y Sebastián Della. Ese Estudio.

Foto de tapa:
Alejandro Palomba

Diseño del interior:
Daniela Coduto

Primera edición:
Marzo de 2022

ISBN: 978-987-48012-5-8
Hecho el depósito que marca la ley 11.273

Parte I

Mi madre, Louanne Antrim, murió en una mañana soleada, un sábado del mes de agosto, en el año 2000. Estaba acostada bajo sábanas nuevas, color violeta, en una cama para hospital, arrimada a los tanques de oxígeno verdes contra la pared en lo que más o menos era el living de su casa, una casa oscura, claustrofóbica y decorada de un modo extraño, ubicada cerca del final de un camino serpenteante, como un surco, que pasaba frente a una obra en construcción llena de barro y varios patios alambrados, hasta desembocar en una playa de estacionamiento anexa al lúgubre estanque para patos en el centro de la pequeña ciudad donde ella había vivido durante los últimos cinco años de su vida, Black Mountain, en Carolina del Norte. Mi madre se había mudado de Florida a Carolina del Norte después de que su padre, Don Self, muriera de un ataque cardíaco, en 1995. La viuda de Don Self, la madre de mi madre, Roxanne, ya había empezado a caer en la senilidad, y de todas formas no estaba preparada para administrar la pequeña herencia que mi abuelo había dejado a su nombre. Con esto quiero decir que mi abuela, que llegó a la adultez durante la Gran Depresión, y que emergió de aquella época sin tener casi noción alguna del dinero, salvo que en principio no es

La vida después_interior.indd 7 31/01/2022 12:19

bueno darles demasiado a nuestros hijos, difícilmente fuera a continuar la tradición de mi abuelo de hacer grandes transferencias mensuales a la cuenta bancaria de mi madre. Don Self había mantenido a flote a su hija durante mucho tiempo —desde que ella había dejado el alcohol, trece años antes, y había decidido que era una artista y una visionaria, una adelantada a su época— y ahora, de repente, le urgía a mi madre obtener un poder para ser ella y no su madre la que controlara los fondos, un golpe maestro que podría haber logrado desde Miami, pero que era más fácil de coordinar recurriendo a eso que en la comunidad del espionaje se conoce como *closework* o "trabajar de cerca".

Cuatro años después, Roxanne Self murió. El funeral se celebró en la iglesia presbiteriana de Black Mountain en septiembre de 1999. A la semana, mi madre —apenas unos días después de que ella se hubiera "*liberado* de aquella mujer", según la oí proclamar más de una vez ("ahora voy a ir adonde *yo* quiera y voy a vivir *mi* vida")— llegó al hospital con una infección pulmonar y descubrió que ella misma también moriría en breve.

Tenía sesenta y cinco, y venía tosiendo y tosiendo desde hacía años y años. Ni se le podía hablar del cigarrillo. La noticia de que tenía cáncer no fue ninguna sorpresa. Había aparecido en los bronquios y era inoperable. Le ofrecieron radiación como paliativo —existía la posibilidad (como en efecto sucedió por un tiempo muy corto) de que encogiera el tumor lo suficiente como para que entrara más aire al pulmón congestionado—, pero no creían que mi madre fuera candidata para la quimioterapia. Cuarenta años de lo que suele llamarse una vida

La vida después_interior.indd 8 31/01/2022 12:19

de excesos habían ido deteriorado su condición progresiva e inexorablemente. La historia del largo deterioro de mi madre es, en algunos aspectos, la historia de su vida. La historia de mi vida está ligada a esta historia, la historia de su deterioro. Es la historia que ocupa siempre un lugar central en mi manera de percibirme a mí y a los demás en el mundo. Es la historia, o por lo menos es el papel que juego en esa historia, que me permite no perder nunca a mi madre.

Con esto en mente —la historia de mi madre y yo, de mi madre *en mí*—, trataré de contar otra historia, la historia de mi intento, en las semanas y meses posteriores a su muerte, de comprar una cama.

Debería decir más bien de conservar una cama. Compré varias. La primera fue una Stearns & Foster, grande, mullida, queen-size, del Bloomingdale's de 49th Street y Lexington Avenue, en Nueva York. Mi novia de entonces, R., me acompañó al local, y nos recostamos juntos para ir comparando. ¿Una Shifman? ¿Una Sealy? ¿Una Stearns & Foster? ¿Blanda? ¿Firme? ¿Con una manta de espuma adicional? Me quedé mirando cómo R. se arrastraba por encima de un colchón, rebotando de arriba abajo con el culo bien parado, y de repente pensé, como un iluso, en relación con mi madre, que había muerto la semana pasada: "¡Por fin me *liberé* de esa mujer! Ahora voy a comprar una cama enorme y coger un poco y vivir *mi* vida".

Dos mil dólares.

Con tres mil dólares me habría podido comprar una Stearns & Foster más grande y más mullida (y, por añadidura, un confort más grande, más mullido, que me haría dormir más

La vida después_interior.indd 9 31/01/2022 12:19

contento, vivir un amor más perfecto y, en general, llevar una vida más feliz y productiva), o una Shiftman casi de primera línea. Las Shiftman eran atractivas, gracias a las publicidades de la empresa, que describían detalles de fabricación tradicionales (¿anacrónicos?) como el somier con resortes atados a mano individualmente en ocho puntos distintos; y al hecho de que preferían usar fibras naturales (lanas y algodones comprimidos) en vez de espumas sintéticas.

—¿Qué te parece, amor? ¿Te gusta la que tiene la manta de espuma?

—¿La grande aquella?

—Sí.

—Esa es buenísima.

—¿Cuánto durará una de estas cosas? ¿El tipo dijo algo?

—Donald, lo mejor es que compres la cama que sientas más cómoda. Ya vas a poder comprarte otras más adelante.

—¿Más adelante? ¿Qué quiere decir más adelante? ¿Más adelante en la vida?

—Si la cama que compraste no te gusta se puede devolver. Veamos. Te dan treinta días. La gente devuelve camas todo el tiempo. Para eso están los centros comerciales.

—Claro.

—¡Donald, deberías estar entusiasmado! Te estás comprando una cama buenísima. ¡Y está más que merecida! Deberíamos celebrar.

—Sí.

—¿Estás bien?

—¿Eh?

—¿Te gustaría probarlas otra vez?

La vida después_interior.indd 10 31/01/2022 12:19

Y eso es lo que hicimos (y, con cada vez mayor frecuencia, lo que empecé a hacer yo solo). Me compré la cama número uno usando mi tarjeta de débito a comienzos de septiembre de 2000, me fui a casa, llamé al local y cancelé el envío, después volví y, a fines de septiembre, me compré otra más cara (la que traía la manta de espuma) y cancelé esa compra también, después de lo cual me embarqué en lo que, en retrospectiva, fue una especie de cruzada o incluso, podría decirse, una peregrinación a varios locales, donde me recosté y di vueltas y entablé conversaciones sobre las camas, conversaciones repetitivas y obsesivas, con profesionales y, cuando era posible, amigos pacientes que me acompañaban (mi público lego). Luego pasaron tres meses, durante los cuales terminé aprendiendo más de lo que nunca pensé que aprendería sobre colchones y la industria colchonera en general —no solo cómo y dónde se fabrican las camas, sino cómo se las publicita y se las vende, y a quién—, y también, simultáneamente, sobre otras cosas más allá de las camas mismas. Me refiero a las colchas, las almohadas y las sábanas.

A esta altura puede que resulte útil señalar que, durante este período caracterizado y probablemente definido por un consumismo compulsivo, yo tenía la clara sensación de ser un matricida. De un modo a la vez sustancial y difícil de precisar, sentía que yo había sido partícipe de la muerte de mi madre. Así que la búsqueda de la cama se transformó en la búsqueda de refugio; en otras palabras, la búsqueda de la cama se transformó en la búsqueda de un lugar; y, desde luego, cuando digo *lugar* quiero decir *espacio*, el tipo de espacio aproximativo, indeterminado, al que uno alude cuando le dice a otra persona:

La vida después_interior.indd 11 31/01/2022 12:19

"Necesito algo de espacio"; y el hecho de que en este contexto el espacio en general estuviera formado por sentimientos no evitó que me imaginara que el *espacio* —considerado, contra toda lógica, como un sitio viable, es decir, mi cuarto— podía colmarse, prácticamente a la perfección, con una cama queen-size de lujo con viriles sábanas rayadas color gris y blanco, y quizá un faldón con volados que tapara el somier y le diera el toque justo de femineidad al conjunto. Y me imaginaba —con bastante lógica, teniendo en cuenta el dolor que me provocaba que mi madre hubiera muerto y que yo hubiera sido partícipe no solo de su muerte aquella mañana de agosto, sino también, como niño y como hombre, de la historia de su larga autodestrucción a través del alcoholismo y del principal síntoma y legado del alcoholismo, la rabia— o fantaseaba que, una vez que me encontrara en aquel lugar acogedor y seguro que ocuparía la cama, acostado solo o con R. sobre montones de almohadas apiladas, como aparecen apiladas las almohadas en las fotos de las revistas de decoración, podría descubrir quién sería yo y cómo seguiría adelante sin mi madre, una mujer que había muerto en una casa tétrica, en una cama incómoda.

No había nada que hacerle. Mi madre se había vuelto drásticamente paranoica en los últimos años de su vida. Inventaba, ya fuera con gusto o a pesar suyo, escenas en las que conversaba con figuras mitológicas o religiosas, como la Virgen María. Modista y vestuarista de profesión, confeccionaba prendas extrañas y muy logradas que parecían destinadas a usarse en ceremonias espirituales cuyo propósito no quedaba claro. Hasta el último detalle de esta ropa —los accesorios

La vida después_interior.indd 12 31/01/2022 12:19

con forma de alas que adornaban los paneles de la espalda, las pequeñas chucherías y objetos totémicos que colgaban de las mangas o las solapas, las paletas de colores discordantes exhibidas en paños cosidos unos encima de otros como partes de un extraño collage— hacía eco de un simbolismo profundamente privado. Cuando se los usaba en público, esos vestidos y batas siempre inquietaban a la gente acostumbrada a funcionar en la sociedad. Si para asistir a un concierto o a la inauguración de una muestra en un museo de Asheville mi madre se ponía una chaqueta violeta oscuro, ajustada con unos botones de tamaño payasesco y adornada, adelante y a los costados, con tiras cruzadas de seda tailandesa de colores tropicales en tonos pastel, una chaqueta que en la espalda exhibía un enorme medallón blanco coronado con tela dorada —fruncida de tal modo que pareciera una flor de repostería—, y rematada con más tiras de seda de colores, atadas y decoradas con borlas para cortinas de distinta longitud por debajo del ruedo, ella no solo estaba actuando como una inconformista que hacía las cosas a su manera: también estaba repudiando el patriarcado y proclamando que era toda una artista.

Su capacidad para ahuyentar a la gente era impresionante. En las fugaces amistades que estrechaba con otros marginales como ella, mi madre se mostraba rencorosa y peleadora. Tenía una risa áspera, a veces hasta intimidante. Masticaba con la boca abierta, y muchas veces la comida le chorreaba de la boca. Daba la impresión de haberse cortado el pelo ella misma, a oscuras. Uno estaba de su lado, o estaba en su contra. Creía que su padre no era su padre verdadero; que su madre había tratado de ahogarla en un estanque cuando era chica;

La vida después_interior.indd 13 31/01/2022 12:19

que su neumonólogo quería acostarse con ella; que en el más allá la recibirían Carl Jung, la Virgen María y Merlín el mago; que había cumplido con su trabajo en la Tierra, y que era un trabajo bien hecho; que era una de las elegidas para anunciar la llegada de un nuevo orden de hermosa humanidad; que en una vida anterior había muerto en el agua como galeote romano, encadenado a los remos; que los hombres eran una mierda y que sus propios hijos eran hostiles; que si ella fumaba era su problema, así que por qué no la dejaban tranquila y se iban a cagar; que su hijo era un artista igual que ella; que ella y yo deberíamos ir a terapia juntos.

Mi madre, para cualquiera que fuera cercano a ella, y sobre todo para quienes dependían de que ella estuviera en pleno uso de sus facultades, era una persona amenazante. De hecho, había vivido gran parte de su vida adulta en un blanco, "durmiendo" sin soñar durante no más de tres horas la mayoría de las noches. La pérdida de sueño REM debe haber tenido consecuencias devastadoras en su mente y cuerpo. Se ponía a despotricar a los gritos hasta la madrugada. Algunas veces, me acuerdo, la encontré acostada en el piso del living, muy temprano, antes de que amaneciera.

Quizá era cierto que su madre había tratado de ahogarla en un estanque. Puede que la realidad haya sido así de terrible, o peor aún. Puede que mi madre haya sido víctima, interpósita persona, del síndrome de Munchausen: quienes padecen este trastorno tienen la compulsión de someter a los niños bajo su cuidado a intervenciones médicas, incluso a cirugías, cuando no son necesarias. Sus médicos en Carolina del Norte, y algunos miembros de nuestra familia, sospechaban que la

La vida después_interior.indd 14 31/01/2022 12:19

madre de mi madre tenía la curiosa costumbre de llevar a su única hija al médico continuamente. No es algo sobre lo que tenga mucho para decir: yo no estuve ahí para verlo. Y sin embargo, puedo imaginarme a mi abuela Roxanne, más o menos a fines de la década de 1940, llevando a mi madre de la mano por los pasillos blancos de algún hospital rural, o sentada con ella en la sala de espera de un consultorio médico en Florida. Recuerdo que, cuando yo era chico, mi madre contaba anécdotas de ciertas operaciones. Cuál era el supuesto objetivo de esas operaciones es un misterio. Una, me parece, tenía algo que ver con la extracción de una costilla. Y estaba la famosa historia de la vez que mi madre "se despertó" justo cuando los médicos declaraban que había muerto en la mesa quirúrgica. Cuando yo nací, Roxanne ya se había convertido en una fundamentalista de la nutrición, decidida a controlar las dietas y estados de ánimo de su familia; ofrecía vitaminas y consejos a los pacientes de cáncer que oían hablar de ella en los círculos oncológicos de Florida; recomendaba alimentos cuya eficacia en algunos casos (brócoli, kale) luego fue confirmada por la industria nacional de la salud. Creo que se veía a sí misma como una heroína popular. Es posible ver el comportamiento autodestructivo de mi madre como un acto de odio internalizado, dirigido masoquísticamente contra su propia madre, que usaba la salud para subyugar a quienes la rodeaban; y contra su padre, que, cuando ella era chica, había sido incapaz, en todo tipo de situaciones imaginables, de reconocer lo que vivía su hija, o de salir en su defensa.

De joven, mi madre había sido popular y hermosa. Pasó su niñez en Tennesse y su adolescencia en Sarasota, Florida,

La vida después_interior.indd 15 31/01/2022 12:19

donde conoció a mi padre. A juzgar por sus álbumes de fotos escolares, en la secundaria formaban la típica pareja perfecta que era la envidia de todos. Un amigo de ambos, que se había enamorado de ella en la universidad y que nunca había dejado de amarla, me la describió una vez en términos que me revelaron la fuerza de su sexualidad y de su personalidad en aquella época. Como era hija única, no tengo tías o tíos de su lado de la familia que puedan decirme fehacientemente cómo era de niña. Me cuesta encontrar viejos compañeros de mis padres que puedan decirme algo sobre años posteriores —después de que ella dejó su hogar, se casó con mi padre, tuvo a sus hijos y se instaló como esposa y madre en un alojamiento para estudiantes de posgrado—, y me cuesta también encontrar recuerdos propios, recuerdos que me permitan armar con coherencia una… ¿qué? ¿Una imagen? ¿Una impresión? ¿Una historia? Tenía cuatro, cinco, seis años. Mi hermana, Terry, tenía tres, cuatro, cinco. Fue a comienzos de los sesenta, los últimos años —pienso ahora, casi cuarenta años después de que mi padre se enamorara de otra mujer y nuestra familia empezara a desmoronarse— de intelectualismo sureño al estilo de los Southern Agrarians[1], cuando los hijos episcopales de los presbiterianos, recién casados, leían el *Finnegans Wake*, se escapaban para hacer sus doctorados,

1 Los Southern Agrarians (literalmente, los agrarios sureños) fueron doce escritores, historiadores, profesores, críticos y poetas del sur de Estados Unidos que, en 1930, publicaron un manifiesto titulado *I'll Take My Stand: The South and the Agrarian Tradition*, formado por varios ensayos donde declaraban su oposición al modernismo, el industrialismo y el urbanismo en boga en los círculos intelectuales, y defendían tradiciones y valores sureños de corte conservador, agrario y religioso. (N. del T.)

La vida después_interior.indd 16 31/01/2022 12:19

bebían bourbon, Martinis y cerveza barata, y se quedaban toda la noche discutiendo y teniendo amoríos y descubriendo los amoríos de sus parejas, y después metiendo a sus propios hijos en los asientos traseros de sus escarabajos Volkswagen y manejando de noche hacia el norte o hacia el sur por la costa. Hasta el día de hoy sigo siendo incapaz de documentar a ciencia cierta el itinerario de las migraciones y mudanzas, las traiciones y reconciliaciones, las reuniones, las separaciones, las mudanzas que vinieron después de esas otras mudanzas, y las hospitalizaciones de mis padres. Basta con decir que tengo incontables anécdotas descabelladas, anécdotas que ya he usado para romper el hielo en muchísimas citas.

¿Y la cama? En diciembre, acepté que me trajeran la que tenía la manta de espuma adicional. Los repartidores de Bloomingdale la subieron por las escaleras, y yo le puse las sábanas y almohadas que había conseguido para la ocasión. Comparada con el sofá cama en el que había estado durmiendo, me pareció gigantesca. *Era* gigantesca: ancha además de alta, y excesiva para el espacio del dormitorio. Sus implicaciones fálicas se hicieron evidentes cuando invité a R. para que "viniera así yo se la mostraba". Ahí debería haber terminado todo, en unos promisorios polvos con R. y una gradual aceptación del nuevo orden doméstico. Pero para eso hubiera hecho falta que yo fuera una persona distinta y mucho más separada en el tiempo de la muerte de mi madre. Habría hecho falta también que yo nunca hubiera oído hablar de Dux.

Dux es una de esas empresas que fabrican productos esotéricos, caros, científicamente diseñados para transformar tu vida. Cuando compramos una cama Dux, pasamos a ser

La vida después_interior.indd 17 31/01/2022 12:19

miembros de la comunidad de gente que compra y cree en las camas Dux. Una cama Dux al principio parece peculiarmente blanda; si nos quedamos un tiempo acostados, podemos sentir que nos estamos "relajando" hasta un extremo incluso alarmante. La primera impresión es la de estar sobre un colchón de agua bien calibrado: con las Dux, uno realmente se *mete* en la cama. La empresa dice ofrecer toda una variedad de beneficios para la salud, algunos relacionados con la postura, otros con el sueño profundo, y todos con el látex natural y los incontables muelles que en la literatura duxeana se describen como un "sistema" que permite que la cama se amolde suavemente al cuerpo, reduciendo los puntos de presión y por lo tanto la cantidad de veces que una persona dormida cambiará de posición para acomodarse de noche. "¿Tienes una Dux"?, les he oído decir a los entendidos. Las Dux vienen con veinte años de garantía; creo recordar que uno de los eslóganes publicitarios era: "La última cama que comprarán en sus vidas". Las camas se fabrican en Suecia, se publicitan en las estaciones de radio de música clásica, se venden en locales propios que parecen un spa y nunca, nunca hacen liquidaciones.

No sé cuántas veces, a comienzos del invierno del año en que murió mi madre, entré —en general solo, aunque siempre que fuera posible lo hacía con R. o con alguno de los amigos que ya mencioné antes— en el local Duxiano de 58th Street en el East Side (convenientemente ubicado al lado de Bloomingdale's), me saqué los zapatos y salté de cama en cama y leí y releí los folletos y acosé a Pamela, la encargada, con todo tipo de preguntas sobre la diferencia entre tal y tal modelo. Reubicaba las almohadas de pluma de ganso. Me acomodaba. Me ponía de

La vida después_interior.indd 18 31/01/2022 12:19

costado. Me daba vuelta. Maravilloso. Se podían elegir patas de caoba o de metal para que la cama estuviera bien alta, o se la podía dejar baja, por el suelo, como en los hoteles europeos más elegantes. Se podían poner las sábanas tirantes, o dejarlas caer a los costados. ¿Cubrecolchón de algodón? ¿O de látex? Empecé a percibir, aquellas tardes que pasaba recostado en el local Dux, que todas las decisiones que podía tomar de ahí en adelante quizá fluirían naturalmente si compraba la cama indicada. Aunque ya tenía mi cama nueva (aceptaban devoluciones) en mi dormitorio, no me gustaba demasiado. No la *deseaba* lo suficiente como para que me gustara. Era grande, cierto, pero en todos los demás aspectos me parecía mediocre y decepcionante, porque no estaba salvando mi relación con R. No estaba haciendo que en mi departamento me sintiera como en casa. No estaba escribiendo mi libro. Y lo peor de todo —y este era el defecto que más dolía— es que no me permitía seguir buscando indefinidamente camas.

¿Hasta qué punto quería una Dux? Hasta el punto exacto en que podía considerarse acorde en relación con el producto.

Quería una cama Dux lo suficiente como para comprarla.

Así fue como un novelista poco comercial y con un gran talento para la culpa llegó a pagar casi siete mil dólares por un colchón.

—Casi.

El año previo a la muerte de mi madre, un año caracterizado por el tipo de cambios bruscos de humor que acompañan la típica progresión hacia el fracaso de las intervenciones terapéuticas en los casos avanzados de cáncer —la oscilación casi maníaca, recurrente como una marea, después de cada

La vida después_interior.indd 19 31/01/2022 12:19

conversación estresada con mi madre o sus médicos, entre esperanza y depresión, esperanza y depresión, esperanza y renovada esperanza y más esperanza, seguidas de una preocupación eufórica y una desesperación más profunda y esa furia extraña, impulsiva, que puede estar dirigida contra prácticamente cualquiera en cualquier momento, el continuo de miedo y volatilidad que le será familiar de un modo u otro a cualquiera que haya tenido que ver cómo un padre o un hijo, o un marido o una esposa o un amante o amigo están un poco mejor, después un poco peor, después un poco mejor, muriendo de acuerdo a lo ya programado, por así decirlo—, durante ese año, entonces, más o menos dejé de trabajar, y dejé de hacer ejercicio. Leía menos, salía menos con amigos, hacía menos el amor. Soy ciclista, y desde hace años tengo la costumbre de entrenar dando vueltas alrededor del parque que está cerca de donde vivo. Mi cuerpo se ha acostumbrado a este régimen, que me da acceso a una gran cantidad de información física, información que se presenta como sensaciones que me vienen cuando respiro hondo mientras camino por la calle o, si estoy en bicicleta, cuando piso los pedales para subir una cuesta; o en la conciencia de haber subido o bajado de peso; o en la emoción que puedo sentir cuando toco a otra persona, o cuando me tocan a mí; información que se presenta, supongo, como mi *yo*, viviendo propioceptivamente en el espacio. Poco a poco, esa información desapareció. En la hastiada ausencia de mi yo, hice lo que mi madre había hecho a lo largo de su vida. Pasé las noches despierto en la cocina, fumando.

A la gente le gusta decir que la verdad es liberadora. ¿Pero qué pasa cuando la verdad no es algo simple y brutal? No podía

La vida después_interior.indd 20 31/01/2022 12:19

imaginarme la vida sin mi madre. Y era verdad también que yo nunca me sentiría capaz de vivir a menos que ella dejara de hacerlo. Ya había tenido suficiente de Louanne Antrim, y estaba listo para verla desaparecer. Quería que muriera, y sabía que, en el año de su muerte, no iba a cuidarla como correspondía.

No iba a hacerlo, y no lo hice. En esto, por lo menos, puedo decir que fui fiel a ella, que nos fui fiel a *nosotros*. Después de todo, yo era su hombre. Mi tarea, una tarea imposible, la tarea que me definió, fue ser al mismo tiempo parecido y distinto a todos los demás hombres; más específicamente, ser parecido y distinto a su padre, y a su exmarido errabundo, excomulgado: mi padre. ¿Qué significa esto? No sé si puedo decirlo con precisión. Supongo que nunca tenía que abandonarla por otra mujer. Nunca tenía que mentirle o engañarla. Cuando empecé a escribir y a publicar novelas, mi madre daba por sentado, y por lo tanto, sin saberlo, yo también, que estaba exhibiendo, a través de cualesquiera que fueran mis logros artísticos, la facultad creativa *suya*, los dones de ella.

—Pronto voy a ir a visitarte unos días, mamá.

—No estás obligado a venir.

—Quiero ir.

—No estoy esperando que vengas.

—Voy a ir.

—No vengas si no te dan ganas.

—Mamá.

—No dejes pasar mucho tiempo. Me voy a morir pronto.

—¿De dónde sacaste eso?

—El doctor McCarrick está tratando de matarme.

—¿Perdón?

La vida después_interior.indd 21 31/01/2022 12:19

—No me atiende cuando lo llamo.

—Bueno, es médico.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada. Es un chiste. Digamos. Está ocupado. Los médicos siempre están ocupados. No importa.

—Todos están en mi contra. Te pusiste en mi contra.

—Mamá, no te está tratando de matar. Nadie te está tratando de matar. Nadie te quiere matar.

Postergué la visita. La postergué. Un perro en el departamento de al lado empezó a ladrar, y durante un tiempo me volví loco. Después el perro dejó de ladrar y ya había pasado un año y mi hermana y yo estábamos yendo en avión, cada uno desde una punta distinta del país, para quedarnos de pie al lado de la cama de mi madre en la casita cerca de la loma que descendía hasta el estacionamiento junto al lago del pueblo. Teníamos la costumbre, mi hermana y yo, de ir en avión a Charlotte, encontrarnos en el mostrador del local del aeropuerto donde alquilan coches, alquilar uno, hacer una parada en Bridges, Carolina del Norte, para comer barbacoa, y después enfilar hacia el oeste por las montañas, pasando Chimmey Rock, bordeando Old Fort, hasta llegar a Black Mountain. Era un viaje de tres horas. Podríamos haber volado a Asheville, a media hora de la casa de nuestra madre, pero Terry y yo preferíamos este camino indirecto, creo, para tener tiempo de prepararnos antes del suplicio de ser —por última vez, en este caso— los hijos de Louanne en la casa de Louanne. Ese día, logramos estar apurados y manejar despacio al mismo tiempo. Terry hablaba de sus hijos y de un vecino que, como nuestra madre, se había negado a recibir alimento en

La vida después_interior.indd 22 31/01/2022 12:19

las últimas etapas de una enfermedad terminal. Era entrada la tarde, a fines del verano. Las granjas y las iglesias viejas a los costados de esa autopista de dos carriles nunca me habían parecido tan solitarias o tan encantadoras, tan invitadoras, como aquella tarde. Ese era el país de nuestro abuelo, y el de su padre, y el del padre de su padre, y el de nuestra madre y, durante ese breve lapso —mientras mirábamos por las ventanillas del auto los hitos en el camino: el turístico lago Lure y el arroyo rocoso que desciende por varias cascadas bajitas a los costados de la carretera; las casas tristes rodeadas de campos irregulares plantados con maíz y porotos; el kudzu que cada vez devora más partes del sur, tanto del bosques como del campo, año tras año—, fue el nuestro también. Recuerdo haber pensado que, cuando ella muriera, ya no quedaría nadie que me atara a esa parte del mundo, y me pregunté qué podría llevarme, en el futuro, a regresar alguna vez.

En la casa encontramos a nuestra madre en la cama de hospital instalada en el living. Al lado de la cama había una mesa enorme de madera en la que ella tenía telas que había medido y cortado con tijera. Se veían rollos de seda apoyados en un rincón. Los anaqueles tenían ediciones de bolsillo de libros sobre Carl Jung y sobre sanación. La enfermera de la mañana nos dejó solos a Terry y a mí. Nuestra madre estaba muriendo. Ya nos había informado, ese mismo verano, que dentro de poco, probablemente antes de su cumpleaños en septiembre, iba a "encargarse ella misma del asunto", pero no nos había dicho exactamente cuándo: había que tomar en cuenta ciertas consideraciones celestiales y astrológicas, y estaba esperando el momento justo. Y ese momento había

La vida después_interior.indd 23 31/01/2022 12:19

llegado. Al observar su cara demacrada bajo la luz crepuscular, descubrí algo que Terry sabía pero yo no: que nuestra madre usaba dentadura postiza. No la tenía puesta. La boca le había colapsado. Hacía ruidos y sonidos que no podían interpretarse como oraciones, ni siquiera palabras. La morfina, que habían traído los del hospicio, esperaba, sellada, en un frasco en la cocina. Nadie, ni siquiera la enfermera, parecía saber con precisión cuándo empezar a dársela. Así que, al igual que el frasco de morfina en la cocina, esperamos, y al día siguiente mi madre "se despertó" —como a veces hacen los moribundos, fugazmente— y habló de un modo más o menos directo, aunque inconexo, de su pasado. Mencionó los nombres de gente de Charlottesville y Kingsport y Miami, de Knoxville y Gainesville, Johnson City y Sarasota y Tallahassee. Le tocamos los pies: no se habían enfriado. Mi hermana le dio un baño de esponja y le cambió la ropa, y le acomodamos las almohadas debajo de la cabeza, y la enfermera le puso la dentadura, y mi madre nos preguntó, con la voz quebrada, si no podíamos, por favor, servirle un Martini.

Ubicándome en el papel de guardián, en un lugar de poder, le pregunté si creía que un Martini era una buena idea, y me respondió, con mucha lógica:

—¿Qué mal me puede hacer ahora?

De haber habido gin y vermut en la casa, sin duda le habría preparado un cóctel. O quizá no. ¿Le ofrecí un sorbo de cerveza? No me acuerdo. ¿Todavía estaba con la máscara de oxígeno? No me acuerdo de eso tampoco. Había tanques verdes y mangueras de plástico por todas partes. La enfermera de medio tiempo, una fundamentalista ortodoxa cristiana, dulce

La vida después_interior.indd 24 31/01/2022 12:19

y competente, aunque no demasiado informada en cuestiones médicas, y las amigas de mi madre, dos paganas wiccanas, si no me equivoco, se disputaban el alma de la moribunda. Era una manifestación a pequeña escala de algunos conflictos sociales en el nuevo sur de los viejos Apalaches —los ultracristianos contra los chamanes—, propiciada por esa excusa simbólica que era el cuerpo desahuciado de Louanne Antrim. Así siguieron, de aquí para allá, susurrando, en conferencias privadas, pequeñas negociaciones de paz en el patio:

—Dicen cosas de ocultismo. Van a entregarla al Diablo. Tengo a tres iglesias rezando para que su mamá sea recibida en los brazos de Jesús.

—Esa pentecostal está tratando de convertir a Louanne al cristianismo. Tu madre dejó la religión organizada hace mucho tiempo. No es lo que quiere ella.

—Cada vez que rezo por tu mamá, vienen y me frenan. La verdad es que tu mamá me tiene preocupadísima.

Al final, me tocó a mí administrar la morfina. O más bien debería decir que yo, siendo el único hombre presente, decidí que tenía que dársela. Cada cuatro horas, pulverizaba un comprimido de lorazepam, lo ponía en una cuchara, mezclaba el polvo con una pequeña medida de la morfina líquida, pasaba la solución a una jeringa dosificadora, y con la jeringa metía la droga de a chorritos en la boca parcialmente abierta de mi madre. Tomaba la precaución de apuntar al costado, no a la garganta. Con mi hermana le pasábamos esponjas por los labios secos. A la tercera noche empezamos a oír el estertor. Puse las sonatas de piano de Mozart, pero después de un rato, ya más en sintonía, pasé a Miles Davis. En un momento

La vida después_interior.indd 25 31/01/2022 12:19

dado, antes del amanecer, la cara de mi madre se relajó y su piel recobró su color normal, y, aunque la garganta y el pecho todavía le hacían un ruido terrible, estaba sonriendo. Era una sonrisa grande, para nada ambigua. Terry me dijo: "¿Ves? Está rejuveneciendo". Era verdad. En las horas previas a su muerte, Louanne empezó a parecerse a la joven que habíamos visto en fotografías de antes que nosotros naciéramos: radiante, y con todo el futuro y todas sus esperanzas, fueran cuales fueran, alocadas o sensatas, todavía por delante. Es asombroso, pero el efecto se dio aunque no tuviera dientes. Me senté en la silla al lado de la cama y le leí de un volumen de los cuentos completos de Peter Taylor, algo que no pareció apreciar en lo más mínimo —su sonrisa se esfumó, y claramente frunció la cara al oír el comienzo de "Una esposa de Nashville"— y, si bien me gusta Peter Taylor, en ese instante experimenté un sentimiento de camaradería con mi madre. Dejé de leer y le dije que había sido una buena madre, una buena artista; que Terry y yo la queríamos mucho y que agradecíamos cómo nos había cuidado; que aquellos años en Tallahassee, sobre todo, habían sido años bastante buenos; que ambos, sus dos hijos, por mucho que la fuéramos a extrañar, teníamos mucho por qué vivir; que íbamos a estar bien sin ella. Salió el sol. Terry se volvió en coche al hotel para darse una ducha y dormir una siesta. Las amigas new age y la cristiana compasiva se habían ido no sé adónde, y yo estreché la mano de mi madre y le dije que la casa estaba vacía salvo por nosotros dos, éramos ella y yo en la casa, y afuera el día estaba precioso, había pájaros en los árboles, y una brisa movía las hojas, las nubes cruzaban el cielo, y si ella quería podía dar el paso y morir, que es lo que ella hizo entonces.

La vida después_interior.indd 26 31/01/2022 12:19

Desde 1966 hasta el verano de 1968, mi hermana y yo vivimos con nuestra madre en Tallahassee, Florida. Del otro lado de la calle había una iglesia a la que le habían sacado la aguja, que dejaron apoyada de costado para que se descascarara y oxidara en el patio contiguo. En la otra punta de la calle había una estación de servicio donde se podían comprar varios kilos de ostras de Apalachicola por cinco dólares. Nuestro papá enseñaba en Virginia; si bien el primer divorcio de nuestros padres ya estaba finalizado o a punto de finalizarse, él nos visitaba una vez por mes: llegaba en su escarabajo Volkswagen negro y estacionaba en la entrada, hecha de arena y caracoles, y esa era la señal para que Terry y yo saliéramos corriendo de la casa, gritando de la emoción. Muchas veces pasábamos la primera noche de sus visitas como una familia, sentados en el porche de cemento y ladrillo, abriendo y comiendo docenas de ostras mientras mirábamos la iglesia con su aguja decapitada, inútil. Mi hermana y yo conspiramos para tener un buen recuerdo de esos años, más que nada porque había muy pocos choques entre nuestros padres, al no estar casi juntos, pero también porque nosotros tres, Terry, mi madre y yo, pasamos a ser una familia por derecho propio, una familia que existía a falta de esa otra familia que hubiéramos querido poder ser. A Terry y a mí nos iba bien en la escuela; andábamos en bicicleta, armábamos fuertes usando los muebles del jardín, jugábamos con nuestros amigos de enfrente. Me uní a la división menor de los Boy Scouts; ella, a la de las Girl Scouts. Cada tanto nuestra madre nos permitía quedarnos en casa en vez de ir a la escuela, y los tres tomábamos el té en el living. Había algo que rozaba la normalidad en nuestras vidas.

La vida después_interior.indd 27 31/01/2022 12:19

En retrospectiva, diría que era una normalidad forzada. Nuestra familia feliz era un simulacro preocupantemente feliz de lo que se suponía era una familia.

Esto me trae a la mente un evento particular. Cuando yo tenía nueve, me tocó hacer del joven Macduff en una producción de *Macbeth* en la Universidad Estatal de Florida. Mi madre trabajaba como asistente de vestuario en el departamento de teatro. Ella era la que iba a hacerme el disfraz, una túnica de color amarillo anaranjado con una faja como cinturón. A pesar de que se la lavaba una y otra vez, con cada función la túnica se iba manchando más de sangre. Este es parte del diálogo de la segunda escena del cuarto acto, donde Lady Macduff habla con su hijo, antes de que los asesinen los secuaces de Macbeth:

L. Macduff: Pequeño, tu padre ha muerto,
¿Y qué harás ahora? ¿Cómo vivirás?
Hijo: Como los pájaros, madre.
L. Macduff: ¿Qué, de gusanos y moscas?
Hijo: De lo que encuentre, quiero decir, como hacen ellos.
L. Macduff: ¡Pobre pajarito! ¿Nunca le temerías ni a la red ni a la liga,
Ni a la trampa ni al cepo?
Hijo: ¿Por qué habría de hacerlo, madre? Nada de eso para los pobres pajaritos.
Mi padre no está muerto, digas lo que digas.
L. Macduff: Sí, está muerto. ¿Cómo harás para tener otro padre?
Hijo: No, cómo harás tú para tener otro marido.

La vida después_interior.indd 28 31/01/2022 12:19

Y:

Hijo: ¿Mi padre era un traidor, madre?
L. Macduff: Sí, lo era.
Hijo: ¿Qué es un traidor?
L. Macduff: Alguien que jura y miente.
Hijo: ¿Y todos los que hacen eso son traidores?
L. Macduff: Todo el que hace eso es un traidor, y hay que colgarlo.

Eso dicen los personajes justo antes de que entren los asesinos. Las didascalias indican que el joven Macduff es asesinado primero, gritando: "Me ha matado, madre. ¡Corre, te lo imploro!", y que ella huye hacia los bastidores, gritando: "¡Asesinos!". En nuestra producción, ambas muertes sucedían en el escenario. Primero caía yo, apuñalado en la espalda y el estómago. Mi supuesta madre venía corriendo y se arrodillaba a mi lado. Entonces la mataban. Caía sobre mí y se quedaba ahí, muerta (jadeando, eso sí). Así fue cómo me terminé por enamorar de Lady Macduff. Es decir, me enamoré de Janice, la estudiante universitaria que hacía de Lady Macduff. Para terminar la escena se bajaban las luces. Cada noche yo espiaba desde debajo de esa madre mía que no era mi madre, mientras se iban apagando los filamentos de las lámparas; cuando el escenario quedaba a oscuras, yo le susurraba a Janice al oído, que prácticamente tenía pegado a la boca: "Okey, arriba", porque su perfume, y su pelo en mi cara, y su oreja en mi boca, y la presión y el calor de su cuerpo contra el mío, se volvían algo demasiado intenso y no lo podía soportar.

La vida después_interior.indd 29 31/01/2022 12:19

Me parece que algunos de los arquetipos de mi vida adulta entraron en juego durante la época de aquella obra: el hombre que aparece y se va, aparece y se va; la mujer que es al mismo tiempo mi madre y una chica de la que estoy enamorado; y mi madre de verdad, que muere por no tener ni el amor ni la protección de un hombre, su marido. Estas son formulaciones rudimentarias, pero de todas formas dejan entrever algo muy importante: cómo logré una victoria precaria sobre mi padre y me apoderé de mi madre. Como el joven Macduff en los momentos previos a la muerte, me convertí en el confidente de mi madre. Así, me convertí en su marido de verdad, el hombre que era al mismo tiempo parecido y distinto a los otros hombres. Y al convertirme en ambas cosas, me enfermé.

Mi principal afección era un asma considerable, que requería visitas al hospital y a varios consultorios. Tomé medicamentos que me hicieron pasar noches en vela, tratando de respirar vapor de un atomizador que no dejaba de zumbar en la mesa de luz, con mi madre sentada al lado. Tenía una manera de sentarse al lado mío en la cama —un ángulo particular, inclinándose, quizá tocándome la frente o sosteniéndome la mano, acomodada como solo pueden acomodarse las madres en la cama al lado de un hijo enfermo— que nunca olvidaré. Esa era nuestra intimidad. En años posteriores, después de que ella y mi padre se hubieran vuelto a casar, y su deterioro alcohólico hubiera empezado seriamente, la imagen que tenía de ella en esos tiempos en Tallahassee, sirviendo el té en tazas de porcelana, o pasando noches sentada conmigo en el borde de mi cama en nuestra casita en 8th Street, se vería reemplazada por la cada vez más degradada Lady Macbeth en la que iba

La vida después_interior.indd 30 31/01/2022 12:19

a convertirse. Cuando decimos que nos morimos por algo o alguien, es posible que no reparemos en el sentido más literal que oculta esa metáfora. Yo era un niño que se moría por su madre, una madre que se obcecaba furiosamente en morirse, tarea que había comenzado antes de que yo naciera. En esta versión de la historia de mi enfermedad —la historia de nuestra colusión en la enfermedad— no solo yo estaba trayendo a mi madre a mi lado en la cama, no solo la estaba trayendo más cerca. Más bien me estaba casando con ella, estaba aprendiendo a hablar el lenguaje de su inconsciente, que era, como se vería con el tiempo, un lenguaje de sofoco y de muerte. Estábamos unidos en la enfermedad: ella era yo y yo era ella.

Me compré la Dux. Obviamente, el modelo más caro. Si uno se va a comprar un nuevo futuro, ¿para qué hacer las cosas a medias? Los tipos que la trajeron y la instalaron no solo eran repartidores: eran verdaderos creyentes, verdaderos aficionados. Uno era grandote, el otro menos grandote. El grandote era el que hablaba.

—Esta es la misma cama en la que duermo yo.

—¿En serio?

—Nunca dormí en una cama mejor. Y dormí en todo tipo de camas. Quiero que me mires un segundo. Soy un tipo grande. La mayoría de las camas me duran dos, tres años y después los materiales se empiezan a desgastar. Esta, no.

—¿En serio?

—Te lo digo con toda sinceridad. Es la cama en la que duermo yo. Mi mamá duerme en esta cama. Mi hermana tiene una cama así. La hermana de mi mamá duerme en esta cama.

La vida después_interior.indd 31 31/01/2022 12:19

—No me digas.

—Uno duerme como un bebé.

¿Como un bebé? ¿Y si yo quería dormir como un hombre? No importaba demasiado en cualquier caso, porque no iba a dormir nada. Esa noche, no. Ni la siguiente. Ni la otra.

—Ey, podrías venir. Me compré la cama.

—¿Sí?

—Sí, la tengo acá.

—No puedo creer que te hayas comprado la cama.

—Me compré la cama. La tengo acá.

—¿La probaste?

—Más o menos.

—¿Ya le pusiste las sábanas?

—Nah.

—¿Ya está mi almohada ahí?

—Claro.

—¿Es igual de alta que la otra cama?

—Prácticamente.

—¡Te compraste la cama!

—¡Me compré la cama!

Como quien dice, no pegué un ojo en toda la noche. Pero no por las razones que uno anticiparía o desearía. Pasé una noche terrible por varios motivos. En primer lugar, sentía que la cama era demasiado blanda. En segundo lugar, la sentía demasiado mullida. En tercer lugar, parecía transmitir en exceso las vibraciones de cualquier movimiento. En cuarto lugar, era demasiado definitiva. Representaba el final de la búsqueda de la cama misma. Y ahora, ahí estaba. La cama era mía. Sería un lugar no de amor y descanso, sino de privación y soledad.

La vida después_interior.indd 32 31/01/2022 12:19

Pasé toda esa primera noche despierto *sintiendo* la cama. Sentía cómo me hundía en ella. Sentía, al hundirme en la cama, la ausencia de la presión familiar contra mis hombros y caderas, y, sin esa presión familiar, me sentía a la deriva. Si R. se movía un centímetro, yo podía sentirlo. Si se daba vuelta, el efecto era catastrófico. A la mañana me levanté a la miseria, y R. también.

Lo que vino después, los días siguientes, fue un taller de histeria. Llamé al local. Llamé a otros locales, en otros estados. Quería que la comunidad Dux me dijera qué podía hacer yo para pertenecer, para sentirme en mi cama como ellos decían que se sentían en las suyas. Pamela, la encargada del local en 58th Street, en el East Side, al final perdió la paciencia y me dijo que podía devolver la cama, ¡inmediatamente! ¡Contra lo que indicaba la política de la empresa! ¡En mi caso haría una excepción! ¡Aunque no me reintegrarían el total! ¿Quería la cama? ¿Quería la cama o no? Solo, de noche, me hundía en la cama y trataba de quererla. Y mientras más me hundía, más cerca estaba de entender qué era esa cama exactamente. Era la última cama que compraría en mi vida. Era la cama con la que se cumpliría mi destino. Era la cama que volvería a casarme con mi madre, la cama que compartiríamos Louanne y yo. Cuando me movía, la cama se movía, respondiéndome a través del eco de los resortes, diciéndome que yo no tendría descanso. La cama estaba viva. Estaba viva con la vida de mi madre. Me hundía en la cama y era como hundirse en sus brazos. No estaba al lado mío en la cama, estaba *dentro* de la cama, y yo estaba *dentro* de la cama también, y mi madre tiraba de mí hacia las profundidades para morir con ella.

La vida después_interior.indd 33 31/01/2022 12:19

Era mi lecho de muerte. Era un ataúd. Era un sarcófago. No me quería morir. ¿O sí? Si solo pudiera hacer que la cama se quedara quieta. ¿Por qué no me podía dejar en paz la cama? ¿Por qué la cama no podía ser *mía*?

De día hice llamado tras llamado. Una mujer en un estado del Sur me refirió a un hombre en el mismo estado que había vendido estas camas durante veinte años. Era un conocedor absoluto del tema.

—¿Cómo es el piso en el que está su cama? ¿Es de madera?

—Sí, es un piso de madera.

—Ese es el problema.

—¿Cómo?

—A veces en un piso de madera estas camas reverberan mucho. ¿Tiene una alfombra debajo de la cama?

—No.

—Necesita una alfombra debajo de la cama. Así se amortiguan los resortes.

—No tengo alfombra.

—Vaya y compre un juego de esos protectores de goma y fieltro para muebles. Va a necesitar seis, porque una cama queen-size tiene ese par de patas extra en el medio.

¿*Protectores*? Era demasiado tarde para protectores. ¡Había que devolver la cama al depósito! ¡La pasaban a buscar a la mañana siguiente! El tipo grandote y el otro no tan grandote iban a venir a llevarse esa cama que yo quería y no quería, que necesitaba y no necesitaba para seguir siendo un hombre mejor y peor que los demás hombres. Salí corriendo, minutos antes de que cerraran los negocios, compré los protectores, volví corriendo a casa y los puse debajo de las patas de

La vida después_interior.indd 34 31/01/2022 12:19

la cama. Salté encima. Hacía días que no dormía. Noches. Y así se pasó aquella noche también. Mi madre. La cama. Mi madre. La cama. Morfina. La cama. Le había fallado por haber vivido mi vida. La había matado por no cuidarla. La comodidad estaba prohibida. Excepto en la muerte. Los hombres iban a venir por la mañana a llevarse nuestra cama. Levanté la colcha y me hundí en la cama y floté a la deriva, inquieto, en ese mundo de duermevela en el que podía vivir y morir con y sin mi madre muerta, y esperé a que vinieran los hombres.

Entonces se hizo de mañana, y la luz que entraba por la ventana me daba en los ojos, y yo ya tenía un cigarrillo en los labios, y sonó el timbre y subieron pesadamente las escaleras y empezaron a embalar la cama. Le sacaron las patas y la separaron por partes y la envolvieron, y en un abrir y cerrar de ojos la habitación estaba vacía, y mi mente insomne de repente estaba vacía también.

—¡Esperen!

Esperaron.

—¡Esto está mal!

—¿Qué está mal?

—¡Todo! ¡Todo!

Les conté la historia de la cama mullida y de los resortes. Todas esas noches en vela. Todas esas llamadas. Los encargados de los locales, los protectores para muebles. Me descargué. Pero no hablé de mi madre. No mencioné a Louanne. Los tipos estaban ahí, en mi dormitorio vacío, escuchándome, prestando atención. El grandote, que si no me equivoco era muy pragmático, me dijo:

La vida después_interior.indd 35 31/01/2022 12:19

—Puedo ver que hay un problema. Pero le tengo que decir la verdad, yo solo manejo el camión.

Fui a buscar el teléfono. Marqué el número del presidente sueco de Dux Interiors en Norteamérica. ¿Qué cuernos iba a decirle? ¿Qué quería pedirle?

—¿Hola?

—Hola. ¿Habla el señor Gustafsson?

—Él mismo.

—Hola. Me llamo Donald. ¿Soy un cliente? Tengo una cama que vinieron a buscar porque la voy a devolver.

—¿La va a devolver?

—Bueno, sí.

—¿No le gusta?

—Me gusta. Me gusta. Pero hay algunos problemas.

—¿Problemas?

El grandote dio un paso al frente, y tomó las riendas del asunto. Me dijo:

—Deje que le hablo yo a Bo.

Le di el teléfono. Y el tipo se puso a hablar en medio de mi dormitorio vacío, hecho un desastre. Habló durante un rato largo. Cuando terminó, me devolvió el teléfono y me dijo: "Bo quiere hablar con usted".

—¿Hola?

—Hola. ¿Habla Donald? Hola. Déjeme preguntarle algo. ¿De qué tamaño es la cama?

—Queen-size.

—Ah. ¿Y le parece que rebota mucho?

—Ese es parte del problema.

—Mmm.

La vida después_interior.indd 36 31/01/2022 12:19

—Reverbera mucho.

—¿Reverbera? Explíqueme.

—Quiero decir que se siente todo. Cuando uno está en la cama. Cuando uno se mete en la cama. Se siente demasiado. Lo siento demasiado.

—Bueno. No sé qué decirle. La cama tiene muchos resortes. Así funciona. Todos los resortes trabajan juntos. Algo se va a mover. Quizá para descansar bien necesite su propio espacio para dormir. Quizá necesite una tamaño king-size.

—No tengo espacio para una king-size.

—No sé qué decirle. Va a tener que decidir si quiere quedarse con la cama o no. Yo no puedo decidir por usted.

—Ya lo sé.

—La cama es buena. Estoy seguro que si se la queda se va a acostumbrar. Son camas que requieren un tiempo para adaptarse.

—Ya lo sé.

—Suerte.

Colgué. Vi a los tipos ahí parados en mi casa. Vi la cama al lado de la puerta, embalada en cajas. Vi la luz del sol que entraba por las ventanas. Me vi a mí mismo ahí parado viendo todo eso. Era un hombre tan necesitado de amor y empatía que había llamado a un ejecutivo sueco a media mañana. Quizá, llegado un punto, la historia de mi madre y la cama pasa a ser la historia de mi madre y de mi padre, la historia que queda por contar, la historia, podría decirse, de queen contra king, de la reina contra el rey.

Se llevaron la cama. La dejé ir. R. tenía razón. Podía comprarme otra cama después. Me quedé ahí parado, en

La vida después_interior.indd 37 31/01/2022 12:19

el dormitorio vacío. Ahora en lugar de la cama había… ¿vergüenza? En lugar de la cama había un interrogante, un interrogante a la vez demasiado simple y demasiado complicado de resolver.

La vida después_interior.indd 38 31/01/2022 12:19